

Novela de mis novelas:

Los Perros Hambrientos

Por CIRO ALEGRIA

La peripecia de la obra de arte es viente y dinámica. La existencia de la novela, pongamos por caso, no comienza en el primer renglón que traza el autor ni termina cuando el mismo, después de haber llenado afanosamente muchas carillas, estampa la satisfactoria palabra fin. En realidad, nace lejos, sin duda con el propio nacimiento del creador —o recrea for—, crece junto con sus experiencias y, una vez cumplida, marcha —desligándose de su padre y cobrando autonomía—, a entederse, en cierta justa, con el tiempo o más bien con quienes dan a éste validez y categoría: los hombres.

Así, entonces, no me parece presuntuoso relatar la génesis de las novelas que ha escrito hasta hoy. Sus ingredientes bullían en mí desde la infancia y volcarlos —dentro de la concepción del hecho en sí— fue más tarea de redescubrimiento que de imaginación. Como en el mármol de Miguel Ángel —salvando las distancias precisas— la obra estaba allí y sólo faltaba desvastar lo superfluo. Pero las contingencias externas tienen —lo sabemos todos— un notorio papel condicional. Del choque de la categoría humana con los acontecimientos cotidianos nacen la historia y la anécdota y esto es, en principio, la novela. ¡Qué de extraño, pues, que la misma novela, ser vivo, tenga su nacer y su acontecer, su historia y su anécdota, en su misma novela!

"Los Perros Hambrientos" nació de la lucha por la vida en un sentido estrictamente biológico. Convalecía de una grave enfermedad en la Casa de Salud de San José de Maipo. Pero el frío invernal no cuadra bien a mi conformación de hombre del trópico y una pleuresía me atacó, en alas de la nieve y el viento, muy violentamente. Los lavados no se hicieron esperar. Muchas veces supe del resuello del troquer en mi caja torácica. Y como el destino lo exige a uno para hacerle desempeñar, a veces, extraños papeles, en aquella ocasión me señaló para que fuera uno entre los mil. Esta es la proporción en que se produce la embolia. Yo la tuve. Una burbuja subió desde la pleura al cerebro. El pequeño émbolo de aire impidió la circulación sanguínea y caí muerto.

No en definitiva, por lo visto, porque a las dos horas resucité. Pero estaba ciego y con medio cuerpo paralizado. Poco a poco fui recobrando la vista y también el movimiento. Pero veía a los hombres como en un espejo de risa —en realidad, me resultaban muy poco risueños— y mi campo visual se había reducido. Además, tenía raros desórdenes motrices a tal punto que, al escribir, suprimía letras de las palabras, hacía emes de cuatro rasgos, eles como elles y toda combinación de consonantes me resultaba una maraña. Para peor, me olvidaba frecuentemente de las palabras. Sabía que en alguna latitud del idioma existía el vocablo buscado, pero no atinaba a dar con él del mismo modo que no se acierta con el nombre de una persona a la cual, sin embargo, podemos describir en su psicología y sus rasgos. Cuando lo encontraba, tenía la impresión de haber encontrado un viejo amigo. Como con todo tesoro, no se sabe valorizar el del habla sino cuando se lo pierde. Siendo el único que había tenido, limitado y todo, me sentía pobre de solemnidad. Y enfrentando todas estas dificultades llegó un día el doctor Juricic —quien es por lo demás moral y científicamente un médico— a recetarme que escribiera. Sería un buen ejercicio para flexibilizar los resortes afectados y volver las funciones a su punto. Por espacio de algunos días estuve parateando sin ser ni ton. Posiblemente produje entonces muchos poemas surrealistas. Y conste que no quiero tomarles el pelo a los surrealistas ni a otros ístas. Sé que muchas valiosas expresiones estéticas han nacido de hallazgos in-

sólitos e insospechadas adivinaciones. Pero después deduje que sería mejor y más te rápido empezar a escribir mis energías dentro de una labor coherente y resolví empeñarme en una novela. ¿Cuál? Ninguna de las que tenías comenzadas o en proyecto me seducía. En todas había puesto mucha fe y retomaba ahora se me antojaba una frustración. ¿Cuál? Con la noche solían aullar algunos perros encerrados en la caseta ubicada en medio del pinar que rodea el sanatorio. Eran broncas sus voces, pero una de ellas, débil, pequeña, alar gaba un agudo acento. Su lamento nocturno martillaba mis oídos con una incansable pertinacia. Y entonces recordé. En tiempos lejanos, siendo un niño de cuatro o cinco años, había escuchado yo voces parecidas a la pequeña y aguda, mientras la sombra ceñía apretadamente la cordillera andina. Había escrito también un cuento llamado "Los Perros Hambrientos". Viendo el asunto con más amplitud, una novela saldría de allí. Todo podría ser, si esta mi media vida de ahora consistiera en dar las fuerzas necesarias. Mis recuerdos, a los que podría llamar específicos o del caso, fueron despertando y atrayendo hacia sí a otros. Mi abuela Juana —anciana que murió de más de cien años— acostumbraba relatar acontecimientos de su larga vida y, entre otros, los de una hambruna que le tocó presenciar en su niñez. Por mi lado, figuras de cholos se fueron dibujando cada vez más nítidamente. Algunas de sus facetas características, que se me habían quedado inéditas en "La Serpiente de Oro", reclamaban exposición esta vez. Y así, una novela planea sobre perros fue dando ingreso, página a página, a los hombres. Terminó por adueñarse de mí íntegramente. Llegué a olvidarme de los fines medicinales. Sólo Juricic observaba, con una sonrisa alegre cómo, cada día, la pluma corría con más liviandad. La mano se entendía mejor con el cerebro. De mi parte, advertí de pronto que podía distinguir la albuca de las páginas en toda su amplitud. Pero ya no era ello un asunto fundamental. Lo importante era de nuevo mi trabajo. Prose-

guía regularmente llenando, de principio a fin, mis horas disponibles. Al cabo de un mes, justamente, había llovido sobre la gris y sedienta tierra donde tanto su frieron los animales y los hombres. Había puesto fin.

Con la normalidad de mis funciones, tenía trescientas carillas: "Los Perros Hambrientos". Y otra vez vi en el diario que se postergaba un concurso, ahora el abierto por Zig Zag, y otra vez resolví presentarme. Mi amigos de sanatorio contemplaron mi intervención sonriendo pero probar fortuna no está mal cuando se es pobre y no se cuenta más que con su trabajo. En una concurrencia de sesenta y dos novelas, obtuve el segundo lugar. El más sorprendente de todos fue Juricic:

"Sí, yo soy testigo de las condiciones en que usted escribió su obra!". Después se sumó que el jurado, en un momento, encarró la división del primer premio, pero no lo hizo atendiendo a las bases. Menciono esto porque hablurías literarias —emanaciones delectables de un mundo bastante descomuesto— me presentan desaprobando el fallo. No desaprobó nada. Dentro del concepto que tengo de nuestro trabajo de escritores y sus fines, no entran estas rivalidades ni tampoco soy de los que desestiman la personalidad de un compañero para potenciar la propia. A cada uno le suyo. Estrecho la mano de Azócar.

Y he allí, en suma, lo que yo he querido llamar la novela de mis novelas. El lector avisado habrá notado cómo la literatura viene de la sanare y la vida, con el ritmo y las experiencias del creador. Si es arte el mío y si el arte es una virtud la sinceridad, yo la reclamo. El mismo lector también habría notado y sabido perdonar el largo pero obligado abuso de la primera persona en esta narración. No podía eludirlo. Mas cuando la he escrito para cierta gente de letras, joven y fraternal, que se interesa por mí y tiene igualmente ante ella su trabajo y su esperanza. Pero tampoco debe atribuirseme una actitud magisterial ni el aire de quien ha puesto una pica en Flandes. Demasiado bien sé que el camino es largo y acezante.

La imagen en Martín

Por ARNOLDO CASTILLO

Nombrar la poesía de Martín Adán o César Moro (1) resulta siempre una posibilidad de la transparencia, un destino de ardua lucha para la imaginación. Las maneras de explorar ambas escrituras resultan siempre a la postre



CESAR MORO

Hugo Sotil en de Carava

Por TARSICIO

¡GOL voz que sabe valerse por sí y en tal hegemonía de cuchipanda codo para poner en pie a los cadáveres de la cuestión de hacerlos tus enfervorizados sin correr riesgos de amotinamiento.

¡GOL palabra que en nuestra boca les proporciona un credo en la boca únicamente a los blanquitos de Perú sellenco a prueba de todo bien acuñados logramos desbaratarles su conspiración contra nosotros a esa gente de royal en

¡GOL esa voz me da alcance en el en donde el Marañón rinde cuentas al

¡GOL esa voz me echa lazo al en el mismo escenario donde se llevó a entre apaches faroleros y yanquis

¡GOL si vertiginosamente esa voz estar manejando sin cautela aquí en mi recién salida facha de cholo del vier

¡GOL contra Nahuel y el Aconca y a turno responden:

"veralca que toco en albarán la cor ¡GOL la misma palabra que rec

castrense beso de mavorcio; la misma que en muchas de las para rescatarnos de spleen

trata de comerciar con el divorcio ¡GOL la misma para surtir efecto

Esa voz te pone en juego de Tra alegoría de Trainón:

la misma voz que imprimió escaques de feliz habitante europeo

sobre tu futura fisonomía y economía ¡GOL con esa voz me crecen las

de sentirme más ligado a Malvinas frente a tu compromiso con Barcelona

por medio de una flamante VELICONE RA en plena convicción de consagrarnos am

vestidos de etiqueta a saturar me y hasta el vértigo oprimir —percudir cualesquiera de sus manidas teclas

con el dedo iqueño que ha de sacar a los discos de su prisión a través de la GOL Tarsicio Navarro (Santiago de Luren) "mientos", prepara el poemario "Glomé



Adán y César Moro

escasas. Su esencialidad poética abraza por los diferentes niveles de la palabra pareciera cumplir extrañamente, es decir, perdernos en el laberinto creado, con su lúdica actitud frente a la realidad de las cosas, pero es precisamente este artificio, que actúa como un señuelo, el que elabora una sutil y lúcida contemplación del mundo. La poesía de Adán y Moro resulta por ello una perspectiva en el tiempo debatiéndose bajo las formas anti-nómicas del deseo y la realidad.

El ornamento verbal de estos poemas, nos suele llevar, hasta los límites mismos en donde la palabra se hace ilusoria, se crispa de caracteres plenos, para devolvernos la visión de un mundo que por ser evocativo no resulta menos real. La rígida expresión de las formas cultas del castellano de Martín Adán o el lenguaje evanescente de César Moro, parecieran asumir más allá de cualquier discrepancia, una sola voz, un solo yo, un sentido vital de las cosas. La misma intensidad del autoexilio, parece descubrir, en el recorrido de sus versos, el deslinde de un lenguaje frente al objeto de lo real. Una acumulación de tonalidades, de discrepancias, la misma palabra rescatando sueños. La misma rebelión originada en los deseos y la poesía doblada por lo que explica y lo que transfigura.

El rito verbal ejerce su encantamiento para poblarnos de las revelaciones del verbo. Es así como se con-figurará la imagen evocativa y sus contornos irreales nos darán la pauta

de ésta descubriendo una sola presencia, bajo una destellante superficie verbal, que como una espiral suscita una fina armazón del retorno.

LA POESÍA Y LA ILUSIÓN

Dos voces poéticas que han ejercido sobre sí mismas un silencio actuante, un deseo permanente de aislamiento, una constante ausencia física, un vagabundaje clandestino. Lo aparen- cial de esta actitud pareciera con- llevar un destino marginal, en la creación misma, pues si César Moro escri-

bió sus mejores poemas en francés, Martín Adán utilizó como pocos un idioma culto, y por ambas razones, por pocos leídos, también poco difundidos. El furor creativo de Martín Adán tiene una conducta alegórica y reposa en lo que cantó a la Rosa y a la Piedra. Dos signos conjunciona- dos para mostrarnos que ambas re- presentaciones son sus principales imágenes infinitas, que se mueven en medio de una fulgurante y vasta den- sidad verbal, que trazó toda una nue- va aventura del conocimiento poético. A su vez César Moro utilizando una lengua extraña, a la materna, se pro- digará entregando una muestra de la radicalidad de su lenguaje, que ten- drá a su vez, en el poemario "Le Cha- teau de Grisou", una prueba de su alu- cinación emotiva. Comparar ambos se- ría algo iluso; en el caso de Moro, su origen surrealista lo exige de cual- quier tipo de comparaciones, pues en- tre nosotros, no sólo fue el primero en introducir esta corriente poética, que fundará André Breton, sino tam- bién en ejercerla. Y en cuanto a Mar- tín Adán, su vena barroca y su her- metismo deslumbrante, lo ponen fuera del alcance de este tipo de símiles. Pe- ro en lo que estos poetas coinciden es en esa apertura al desarraigo y la añoranza, este sentido de la vida fluye y penetra, cuando ellos hablan y nom- bran las cosas; una memoria de la so- ledad es un cálido aliento que trasun- ta su lectura, que esboza un intenso monólogo a través de una sugerente rebelión del propio designio. Una bús- queda infatigable bajo el brillo de la palabra, va intentando un plácido go- ce que rescata para el sueño una con- ciencia del destierro.

(1) César Moro, "La Tortuga Ecuéstre y otros textos". Editorial "Monte Avila". Caracas 1976. Compilación Julio Ortega.

1976.)
(De "LA CRÓNICA" 2 de Octubre de

MARTÍN ADÁN



gran poeta Barranquino

EL CIERVO EN LA FUENTE

RICARDO SILVA-SANTIS/TEBARI

Quiero imaginar que la poesía es una fuente inagotable y el poeta que traduce un ciervo que se acerca a beber en ella cuando lo acucia cierto grado de inspiración y de deseo.

ANDRÉ BRETON (Francés 1896—1966) VIGILANCIA

En París la torre vacilante de Saint—Jacques
Semejante a un girasol
Viene a menudo a chocar de frente contra el Sena y su
sombra se desliza imperceptible entre los remolcadores
En este momento de puntillas en mi sueño
Me dirijo a la alcoba donde estoy extendido
Y provoqué un incendio
Para que nada subsista de este consentimiento que me arrebató
Los muebles hacen lugar a unos animales exactos
que me miran fraternalmente.
Melenas de leones que terminan consumiendo las sillas
Escualos de vientres blancos se incorporan al último
estrechamiento de las sábanas
A la hora del amor y de los párpados azules
Yo me veo arder a mí mismo
Vejo este solemne escondite de fruslerías que fue mi cuerpo
Horadado por los pacientes picos de los ibis del fuego
Cuando todo termina entro invisible en el arca
Sin cuidarme de los transeúntes de la vida que muy lejos
hacen soñar sus pasos arrastrados
Vejo las aristas del sol
A través del abedul de la lluvia
Escucho desgarrarse como una gran hoja la ropa humana
Bajo la complicidad de la uña de la ausencia y de la presencia
Todos los telares se agostan y tan sólo queda de ellos
un encaje perfumado
Una concha de encajes con la forma perfecta de un seno
No toco sino el corazón de las cosas tengo el hilo

RANO RARAKU

Qué bello el mundo
Grecia nunca existió
No pasarán
Mi caballo encuentra su avena en el cráter
Hombres—pájaros curvados remeros
Revolotean en derredor de mi cabeza
Porque soy yo también
Quien estoy allá
Tres cuartos hundido
Bromeando sobre los etnólogos
En la amistosa noche del Sur
No pasarán
Es inmensa la llanura
Ridículos aquellos que avanzan
Las altas imágenes se desplomaron

1948

en una sociedad

y Carauz

0 NAVARRO

si misma
a codo
Farsalia—Verdún
dos hinchas

da con esa palabra
de milenios
en la manga
el lugar precisamente
hermano mayor
cuello
cabo un choque de armas
ciboleros
me arranca las orejas es porque de
Buenos Aires
tre de Ezeiza
ua choca esa voz

vierto
be un
veces

diurético
nnón y
y hozzolos

ganás
na
RA de fabricación iqueña
bos iqueños
nedas

órbita de un
ica 1950. Autor del Poemario "Ayunta-
rulo".